

ALAIN BADIOU y MARCEL GAUCHET

¿QUÉ HACER?

Diálogo sobre el comunismo, el capitalismo
y el futuro de la democracia

Coordinado por Martin Duru y Martin Legros

Traducción de Horacio Pons



Badiou, Alain

¿Qué hacer?: diálogo sobre el comunismo, el capitalismo y el futuro de la democracia / Alain Badiou y Marcel Gauchet. -1a ed- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2015.

232 p.; 22,5x15,5 cm.

Traducido por: Horacio Pons

ISBN 978-987-628-380-9

1. Teoría Política. I. Gauchet, Marcel II. Horacio Pons, trad. III. Título
CDD 320.1

Título original: *Que faire? Dialogue sur le communisme, le capitalisme et l'avenir de la démocratie*

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición en Argentina: septiembre de 2015

© de la traducción Horacio Pons, 2015

© Philo Editions, París, 2014

© de la presente edición Edhasa, 2015

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-380-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Arcángel Maggio - División Libros

Impreso en Argentina

Índice

Prólogo. El porvenir de una alternativa.....	9
Capítulo 1. El encuentro con el comunismo.....	23
Capítulo 2. De Marx a Lenin	41
Capítulo 3. El fenómeno totalitario.....	55
Capítulo 4. ¿El retorno de la hipótesis comunista? ...	87
Capítulo 5. ¿Qué designa la crisis?	125
Capítulo 6. ¿Final o prolongación de la lógica imperial?	147
Capítulo 7. Deconstrucción del capitalismo	165
Capítulo 8. Por qué no hemos terminado con la política.....	203
Conclusión. ¿En busca de un pacto perdido?.....	221
Apéndice	227
Bibliografía selecta.....	229

Prólogo

El porvenir de una alternativa

“No somos niños a los que se pueda alimentar sólo con la papilla de la política ‘económica’; queremos saber todo lo que saben los otros, queremos conocer en detalle todos los aspectos de la vida política y participar activamente en cada acontecimiento político. Para ello es preciso que los intelectuales repitan menos lo que sabemos nosotros mismos y nos den un poco más de lo que todavía ignoramos. [...] Ustedes, los intelectuales, pueden adquirir esos conocimientos y tienen el deber de proporcionárnoslos cien y mil veces más que hasta ahora; y proporcionárnoslos no sólo bajo la forma de razonamientos, folletos y artículos (que con frecuencia son —¡disculpen la franqueza!— un poco aburridos), sino decididamente bajo la forma de revelaciones vivas sobre lo que

nuestro gobierno y nuestras clases dominantes hacen en este mismo momento en todos los dominios de la vida. Cumplan con mayor celo esta tarea que les es propia.”

Este llamamiento a la responsabilidad de los intelectuales para sustraer a sus conciudadanos a la dominación de la “política ‘económica’” e ilustrarlos, bajo la forma de “revelaciones vivas”, sobre lo que es posible cambiar en todos los dominios de la vida, data de... 1902. Lo firma Vladímir Ilich Uliánov, apodado Lenin, en un opúsculo titulado “¿Qué hacer?”, una obra que dejó una huella perdurable en la historia porque, algunos años antes de la revolución de 1917 y de la toma del poder por los bolcheviques, el autor teoriza en ella la idea del partido revolucionario de vanguardia. Más de un siglo después ese llamamiento recupera parte de su pertinencia y su resonancia. ¿No volvemos a estar, aunque en formas muy diferentes, cautivos de una política que reduce todo a la economía? ¿No sentimos la necesidad de un conocimiento político de las cosas, que nos permita participar de otra manera, y mejor, en los acontecimientos de nuestro tiempo, en vez de padecerlos como un destino? ¿Y no esperamos que los intelectuales abandonen los razonamientos abstractos de sus “folletos y artículos”

para poner en entredicho la orientación que los gobiernos en funciones dan a nuestra historia? En 1902, el momento en que se escribieron aquellas líneas, el futuro estaba abierto. La revolución democrática e industrial puesta en marcha en los siglos XVIII y XIX apenas comenzaba a afirmarse en Francia e Inglaterra, mientras que Alemania y Rusia, en plena efervescencia, todavía eran regímenes imperiales. Liberales, conservadores y socialistas se disputaban el sufragio de los pueblos europeos, y entre tanto el movimiento comunista se constituía poco a poco afirmando su independencia con respecto a la socialdemocracia. Ésa era, por lo demás, una de las cuestiones centrales que interesaban a Lenin en “¿Qué hacer?”. Para contrarrestar el poderío del capitalismo, ¿había que inclinarse por la reforma o por la revolución? ¿Había que dejar que el movimiento obrero se organizara de manera espontánea o introducir en él, desde afuera, el fermento revolucionario por medio de un partido dotado de un verdadero proyecto político? Fuera como fuese, nadie sospechaba por entonces que el continente iba a hundirse bajo el peso de dos guerras mundiales, de una crisis económica sin precedentes y del crecimiento espectacular de los totalitarismos fascista, nazi y comunista... Un poco más de un siglo después, por lo tanto, y más allá del breve y trágico

siglo XX, nos vemos curiosamente de regreso a los interrogantes que se planteaba Lenin. El Muro de Berlín ha caído, es cierto. Y, apenas durante un momento, pareció incluso que la democracia liberal y el capitalismo habían ganado definitivamente la partida, alimentando la tesis precipitada de un fin de la historia. Pero resulta que hoy ha reaparecido la sensación profunda de una crisis radical de la democracia y el capitalismo, que plantea la cuestión de su perennidad. Aun cuando los sistemas totalitarios hayan perdido toda legitimidad, la perplejidad de Lenin en 1902, sumido en la incertidumbre acerca del futuro, es hoy la nuestra. Hasta la hipótesis del comunismo, que parecía completamente muerta, invalidada por el fiasco de su realización histórica, vuelve a tener crédito en la esfera intelectual y dentro de los movimientos contestatarios que brotan en casi todo el mundo. ¿Reforma o revolución? ¿Capitalismo, socialismo o, incluso, comunismo? Todo sucede como si la rueda de la historia hubiera vuelto a girar: ya nada funciona y no sabemos hacia dónde vamos. ¿La democracia liberal no tambalea en sus propios cimientos a causa del influjo del capitalismo? ¿Y éste no es socavado desde adentro por el peso de las finanzas? ¿La política no ha perdido toda capacidad de orientar la historia? La hipótesis comunista, liberada de sus oropeles tota-

litarios, ¿permite ofrecer una solución creíble? ¿O la democracia es capaz de reinventarse para responder a los desafíos de la mundialización?

Para abordar sin rodeos estas cuestiones hemos convocado a dos grandes figuras de la escena filosófica contemporánea: Alain Badiou, mascarón de proa del retorno actual de la idea comunista, y Marcel Gauchet, pensador de la democracia liberal. Si bien todo los predestinaba a cruzarse y dialogar, por curioso que parezca nunca se habían reunido. Nadie, hasta aquí, les había propuesto el principio de un diálogo a fondo. Lo que prueba que los verdaderos adversarios se enfrentan demasiado poco en el paisaje intelectual de nuestros días. Y que los verdaderos debates son escasos y con sobrada frecuencia se eluden.

Ya no hace falta presentar a Alain Badiou. Nacido en Marruecos en 1937, en una familia de tradición socialista, y normaliano* influido por, entre otros, Sartre, Althusser y Lacan, Mayo del 68 y la Revolución Cultural china lo marcaron a fuego y lo llevaron a organizar un grupo maoísta, la Unión de Comunistas de Francia Marxista-Leninista (UCF-ML). Docente en Vincennes y luego en la École normale supérieure,

* *Normalien* en el original, alumno o egresado de la École normale supérieure [Escuela Normal Superior]. (*N. del T.*)

donde dicta hoy un seminario, elaboró un sistema filosófico exigente, expuesto en sus dos obras maestras, *L'Être et l'événement* [*El ser y el acontecimiento*] y *Logiques des mondes* [*Lógicas de los mundos*] (publicados por Seuil en 1988 y 2006, respectivamente). En oposición a algunos de sus contemporáneos que proclaman el fin de la metafísica, Badiou ha querido refundar el discurso sobre el ser —lo que tradicionalmente se denomina “ontología”—, con la matemática y más en particular la teoría de los conjuntos como fundamento. Propone asimismo una nueva articulación de los conceptos de acontecimiento, sujeto y verdad: para él es sujeto quien se muestra fiel a un acontecimiento fundacional, quien produce el advenimiento de una verdad en condiciones de orientar la vida (una verdad de orden político, científico, artístico o amoroso). Más allá de sus trabajos académicos, que se estudian en el mundo entero y han contribuido, sobre todo en Francia, a reactivar el interés por la metafísica, desde hace unos quince años se ha granjeado el conocimiento de un público más amplio gracias a ensayos polémicos sobre la política contemporánea, como su panfleto *De quoi Sarkozy est-il le nom?* [¿Qué representa el nombre de Sarkozy?] (Lignes, 2007), que alcanzó un resonante éxito. De manera general, en relación con el mantenimiento de su herencia maoísta, proclama con insisten-

cia la necesidad de relanzar la “hipótesis comunista”, la única capaz, a su juicio, de oponer una verdadera alternativa al “capitalismo parlamentario” al que se habría reducido la democracia. Junto con otras figuras de la extrema izquierda como Antonio Negri, Jacques Rancière o Slavoj Žižek, participó en numerosos coloquios dedicados al concepto de “comunismo”, que encontraron cierto eco en las jóvenes generaciones.

Muy diferente es el itinerario recorrido por Marcel Gauchet. Nacido en 1946 en Poilley, la Mancha, en un medio popular, y formado en la Escuela Normal de Maestros de Saint-Lô, este autodidacta retomó sus estudios en medio de la efervescencia de Mayo del 68 y se inició en el pensamiento político bajo los auspicios de Cornelius Castoriadis y Claude Lefort, pilares del grupo Socialismo o Barbarie. En el marco de revistas de difusión restringida como *Textures* o *Libre*, trabajaría por el redescubrimiento de lo político y la democracia contra la hegemonía del marxismo y la negación de la opresión totalitaria por entonces dominante en la *intelligentsia* francesa. Tras un primer libro coescrito con Gladys Swain, *La Pratique de l'esprit humain* (Gallimard, 1980, reeditado en 2007), donde desarma las tesis presentadas por Michel Foucault en su *Historia de la locura en la época clásica*, publica en 1985 un libro muy resonan-

te, *Le Désenchantement du monde: une histoire politique de la religion* [*El desencantamiento del mundo: una historia política de la religión*] (Gallimard), que hace del cristianismo la “religión de la salida de la religión”. Desde entonces trata de pensar la modernidad occidental como advenimiento de la autonomía, tanto en el plano individual, con la aparición de los derechos humanos, como en el nivel colectivo, con el surgimiento de la forma política del Estado-nación democrático. Ya como jefe de redacción de la revista *Le Débat* y director de estudios del Centro de Investigaciones Políticas Raymond-Aron en la École des hautes études en sciences sociales [Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales], se consagra a la elaboración de una obra de gran envergadura, *L'Avènement de la démocratie* (tres volúmenes ya aparecidos en Gallimard), sin dejar de prestar una atención constante a las nuevas patologías de la democracia contemporánea, sobre todo en *La Démocratie contre elle-même* [*La democracia contra sí misma*] (Gallimard, 2002). Desde su advertencia lanzada en 1980 –“los derechos del hombre no son una política”–, fue uno de los primeros en mostrar que las amenazas que pesan sobre las democracias ya no están afuera, en los enemigos externos que quieren destruirlas, sino en sí mismas, en la malversación de sus propios principios; así, a su juicio,

la democracia se ha tornado incapaz de gobernarse, a fuerza de exaltar la independencia de sus miembros en desmedro del sentido de lo colectivo.

Badiou versus Gauchet. El anuncio tenía, de entrada, algo de tentador. Para las mentes estupefactas ante la referencia constante y elogiosa a la Revolución Cultural y al maoísmo, y que se muestran escépticas o francamente hostiles a la sugerencia misma de una reactivación de la idea comunista, había motivos para regocijarse ante la perspectiva de ver a Alain Badiou enfrentado a uno de los más eminentes teóricos y defensores de la democracia. A la inversa, para quienes consideran que pensadores del antitotalitarismo como Marcel Gauchet allanaron el camino a una re-legitimación del neoliberalismo, responsable en parte de la crisis actual, también había razones para hacerse agua la boca ante la idea de verlo debatir con uno de los críticos más coherentes y severos del liberalismo contemporáneo. Como las personalidades enfrentadas tienen además la fama de ser verdaderos combatientes, capaces de batirse sin concesiones con sus adversarios ideológicos, la “batalla” se anunciaba bajo los mejores auspicios. Y no decepcionó, aun cuando, como se verá, nos sorprendió enormemente.

Según el plan inicial, los dos pensadores sólo debían encontrarse una vez, en el marco del número

fuera de serie de la revista *Philosophie Magazine*, titulado “Les philosophes et le communisme” [“Los filósofos y el comunismo”] y aparecido en marzo de 2014. Sin embargo, la densidad de ese primer encuentro nos incitó a proponerles seguir la *disputatio*, cosa que aceptaron de inmediato. Al fin y al cabo, habrían de reunirse en tres oportunidades, durante cerca de tres horas cada vez, y en tres lugares sucesivos de elevado valor simbólico: para empezar la sede del Partido Comunista Francés, edificio futurista construido por el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer entre 1966 y 1971; a continuación el Lutetia, hotel de lujo donde los actores del capitalismo mundial se alojan hoy cuando pasan por París, y para terminar la editorial Gallimard, lugar emblemático de la intelectualidad, feudo de Marcel Gauchet, que dirige en ella *Le Débat*, y donde –apostilla para la historia menuda– una vez rechazaron uno de los manuscritos de Alain Badiou...

¿Qué es lo que nos sorprendió en esas tres reuniones? El ambiente y el tono, para empezar. Dos obstáculos eran de temer: la evitación del debate, con dos filósofos que se miraran recelosos y expusieran de manera maquinal sus puntos de vista, sin cruzarlos jamás; en el otro extremo, su extinción por ánimo de polémica, con caricaturas exageradas, invectivas y

otros ataques *ad hominem* como broche final. Nada de eso sucedió. El encuentro se anunciaba reñido y frontal; lo fue en el fondo, pero en las formas se desarrolló en un clima de apertura y cortesía ejemplares, no exento incluso de cierta cordialidad; las carcajadas fueron numerosas y sonoras..., a pesar de que, al mismo tiempo, el abismo entre ambos interlocutores no dejaba de ahondarse.

Más allá de la atmósfera serena nos intrigó asimismo el desplazamiento del centro de gravedad de la confrontación. Creíamos que el debate iba a girar en torno del pasado, con referencia a la significación de la aventura comunista en el siglo XX y su naturaleza esencialmente totalitaria o no. Esta cuestión –decisiva– se trató, claro está, con rigor y en abundancia. Frente a Marcel Gauchet, que hace del respeto del pluralismo una de las grandes lecciones que es preciso extraer del episodio totalitario, Alain Badiou se vio en la necesidad de reconocer que, a su entender, no existe la seguridad de que “el problema de los enemigos pueda resolverse en el marco democrático”. No obstante, poco a poco sentimos que, en realidad, la verdadera discrepancia no se situaba en ese terreno. ¿Por qué? Porque, tanto para uno como para otro, la cuestión del totalitarismo ya no es de actualidad. Para Gauchet, el comunismo histórico se derrumbó de-

finitivamente y el asunto totalitario está terminado. Para Badiou, el estalinismo traicionó, desnaturalizó la idea comunista al confiar su realización al Estado, y ahora es menester rescatar su fecundidad primera. Para ambos, el totalitarismo, en sentido riguroso, no volverá. Las verdaderas amenazas están en otra parte. ¿Dónde? Aquí mismo. En el conflicto, abierto otra vez, entre la democracia y el capitalismo. ¿Puede la primera recuperar la iniciativa contra un capitalismo financiarizado que despliega su lógica y su supremacía a escala mundial? Ésa es la apuesta de Gauchet, que aspira a poner la economía bajo un control colectivo; al “despedazar” el capitalismo, al desmontarlo desde adentro, lo político estará en condiciones de controlar sus engranajes y sus derivas. Badiou, al contrario, estima perdida de antemano esa causa porque, según su fórmula de choque, el capital es el “gran Otro de la democracia”, y ésta se halla sometida a él en su esencia misma. En ese punto se encuentra el corazón palpitante de la discusión. Ésta induce asimismo un diagnóstico totalmente diferente sobre la situación mundial contemporánea. ¿En qué mundo vivimos en estos comienzos del siglo XXI? Para Alain Badiou volvemos, tras el hundimiento de los Estados socialistas, al rumbo normal de un capitalismo movido por una lógica imperial planetaria. A lo cual Marcel Gauchet replica

que la mundialización no puede reducirse a la mera dimensión económica; en su opinión, ella da origen a la promesa de un mundo “desimperializado”, “policéntrico”, donde ninguna potencia, por dominante que sea, pueda ya dictar su ley. En resumen, la confrontación alumbró en todos los terrenos divergencias totales de opinión. Y lo que se puso de relieve fue una línea del frente tan clara como profunda: por un lado, una visión reformista ambiciosa que convoca a una reacción democrática destinada a poner freno al capitalismo mundializado; por otro, la concepción de un cambio radical que rompa a la vez con el capitalismo y la democracia representativa. El espectro de Lenin merodea..., pero los términos mismos de la elección primordial planteada por él (¿reforma o revolución?) son objeto de una reformulación.

Entonces, ¿qué hacer? En su diferendo, Alain Badiou y Marcel Gauchet muestran en detalle los caminos que propician; el lector juzgará según los resultados y se pronunciará, tal vez, frente a la alternativa que se le propone. Sin prejuzgar en absoluto, terminemos con un último motivo de asombro: después de cruzar los aceros en la totalidad de las cuestiones abordadas, nuestros dos filósofos coincidieron en el final mismo del intercambio en la concertación de... un pacto. Sí, una gran alianza. ¿Cuál? Juguemos con

el suspenso... y limitémonos a decir que los adversarios supieron advertir el interés que podían tener en avanzar juntos. Que, acaso, el reformista democrático necesitaba de manera vital la hipótesis comunista para tener posibilidades de llegar a sus fines, y viceversa. En ese acuerdo final, en el que la referencia a Rousseau tomó el relevo de la referencia a Lenin, se juega una misma voluntad de devolver un sentido auténtico a la política, como único lugar donde puede surgir un universal colectivo. Volver a creer en la política, convencerse de que no hemos terminado con ella, es tal vez lo que debemos y podemos hacer ante todo.

Martin Duru y Martin Legros

Capítulo 1

El encuentro con el comunismo

Para iniciar este diálogo, les proponemos que vuelvan, uno y otro, al lugar que ocupó el comunismo en su trayectoria. Ésta es la primera vez que ustedes se reúnen. Proviene de horizontes políticos e intelectuales diferentes. Pero el comunismo tuvo un papel fundamental en cada uno de ustedes. Antes de abordar la aventura histórica del comunismo y su definición filosófica, ¿podrían precisar cómo lo descubrieron?... y nos referimos tanto a la idea como al movimiento y el régimen político.

Alain Badiou: Llegué tardíamente al comunismo. En el origen soy de tradición socialdemócrata. Mi padre, Raymond Badiou, miembro de la Resistencia, fue alcalde socialista de Toulouse de 1944 a 1958. Fue muy natural, por tanto, que yo comenzara a militar en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO),